

Tres propuestas de profundización en la formación inicial. Respuesta al Prof. Hernández Peludo

*Three proposals for deepening initial formation.
Response to Prof. Hernández Peludo*

JESÚS VIDAL CHAMORRO

Obispo auxiliar de Madrid

ORCID: <https://orcid.org/0009-0008-5891-2164> / jesusvidalchamorro@archidiocesis.madrid

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v69i233.2328>

SUMARIO: En respuesta a la ponencia del Prof. Hernández Peludo sobre la formación inicial, se proponen en esta nota tres puntos que pueden ser profundizados. El acompañamiento vocacional requiere la participación de la caridad pastoral como vínculo que genera amistad y educa a los candidatos al sacerdocio. También se anima a profundizar las relaciones de los distintos sujetos y su vinculación con las cuatro dimensiones de la formación. Por último, se hace alguna propuesta sobre la etapa de síntesis vocacional y sus objetivos fundamentales.

PALABRAS CLAVE: Acompañamiento espiritual, Caridad pastoral, *Docibilitas*, Formadores, Síntesis vocacional.

ABSTRACT: In response to the presentation of Prof. Hernández Peludo on initial formation, this note presents three points that can be deepened. Vocational tutoring requires the participation of pastoral charity as a link that generates friendship and educates candidates for the priesthood. It is also encouraged to explore the relationships of the different subjects and their link with the four dimensions of formation. Finally, some proposal is made about the phase of vocational synthesis and its fundamental goals.

KEYWORDS: Spiritual guidance, *Docibilitas*, Formators, Pastoral charity, Vocational synthesis.

Agradezco al Prof. Hernández Peludo la exposición que acaba de hacer sobre la formación inicial. Un aspecto, como él mismo decía al inicio de su exposición, oceánico, en el que sin embargo ha tratado de penetrar en las profundidades para revelarnos elementos de fondo; estos nos llevan a comprender algo más el momento actual del camino de la formación inicial y su desarrollo en los últimos treinta años, que discurren desde la publi-

cación de la *PDV* hasta hoy; también nos permiten mirar hacia el futuro en el necesario discernimiento acerca de los caminos de formación en los próximos años. Si la *Ratio Formationis Institutionis Sacerdotalis* y el Plan de formación nacional de España, titulado ‘Formar Pastores Misioneros’, son el fruto del desarrollo de las *PDV* en las tres pasadas décadas, en cierto modo podemos pensar que en estas reflexiones y en la puesta en práctica de los planes en los seminarios estamos empezando a escribir el plan de formación de los próximos treinta años.

En mi respuesta no pretendo entrar en un análisis teórico de la conferencia del Prof. Hernández Peludo, para lo que no me encuentro preparado, sino que simplemente me limitaré a presentar algunas reflexiones al hilo de su reflexión, tratando de conectar algunos elementos de los diferentes apartados y haciendo algunas propuestas de futura profundización.

1. EL ACOMPAÑAMIENTO VOCACIONAL

Esta se centra en tres puntos. En primer lugar, una reflexión sobre el significado del acompañamiento vocacional que D. Gaspar señalaba desarrollando el pasaje que presenta el paradigma de la formación y la importancia de la amistad como fuerza formativa. En segundo lugar, el papel de las relaciones de los distintos sujetos y su vinculación con las cuatro dimensiones de la formación. En tercer lugar, querría hacer un subrayado sobre la etapa de síntesis vocacional, que como señala D. Gaspar es la etapa que en este momento menos desarrollada está y en la que desde la subcomisión de seminarios hemos querido poner el foco en los últimos encuentros de rectores y formadores de seminarios en España.

El ‘método’ de la formación de un nuevo sacerdote tiene su origen en la institución del grupo de los Doce para que estuvieran con Él (Mc 3, 14). Así, la formación consiste en el acompañamiento vocacional de los apóstoles por parte de Jesús. Este acompañamiento inaugura un camino de discipulado que no concluye en una especie de ‘maestría’ en la que el discípulo no necesita ya la relación con el maestro. Así podemos entender las palabras del Señor a los discípulos a que no busquen ser ellos llamados maestros (Mt 28, 3). «La formación sacerdotal es la continuación de un único ‘camino discipular’ que (...) continúa durante toda la vida» (*RFIS* 3). Si al principio del recorrido el Señor pide a los discípulos «un tiempo destinado a desarrollar una relación de comunión y amistad con él» (*PDV* 42), esta tiene su culmen

en la amistad ofrecida por el Señor con la revelación del conocimiento de su relación con el Padre: Ya no os llamo siervos (...) a vosotros os llamo amigos. La amistad con Cristo ha de tener su correlación en la amistad entre formadores y formandos en el proceso formativo, como afecto que permite a los primeros transmitir a los candidatos al sacerdocio el conocimiento íntimo de la relación del sacerdote con Jesucristo y con el Padre. Al mismo tiempo, este afecto de amistad es indispensable para la apertura y confianza del seminarista que no vive el tiempo de formación como un siervo que no conoce la transformación profunda que el camino formativo ha de hacer en él y que vive así la formación como pura formalidad de pasos que ha de superar. Sin un verdadero afecto, que ha de tener su fundamento necesario en el afecto por Cristo, no serán posibles la confianza y la escucha de las que nace la obediencia. En este sentido, me parece necesario profundizar en la centralidad de la dinámica de la caridad en el itinerario formativo. ¿Podría haber verdadera formación sin la amistad que tiene su fundamento en una caridad mutua? ¿Cuál es el papel de la caridad pastoral de los sacerdotes formadores en la formación? La respuesta a la pregunta de Cristo resucitado a Pedro «¿Me amas?» sólo puede nacer como respuesta a una amistad ofrecida, que se hace presente en los sacerdotes formadores.

2. LOS «PROTAGONISTAS» DE LA FORMACIÓN

En segundo lugar, quiero fijarme, continuando en la línea de lo que acabo de exponer en las relaciones entre los diferentes ‘protagonistas’ de la formación y la importancia de estas relaciones para el crecimiento en las dimensiones formativas. La relación con Cristo no se da ‘en el aire’, sino en la carne de las relaciones eclesiales y, propiamente en las relaciones con los sacerdotes que forman parte del camino formativo. ¿Podría haber formación sacerdotal sin sacerdotes? Si el sacerdote es presencia sacramental de Cristo Cabeza, su misión en el acompañamiento de los candidatos al sacerdocio no puede ser meramente instrumental, sino que ha de tener alguna relación con dicha sacramentalidad. Lo mismo que para los apóstoles tuvo que significar convivir cotidianamente con Jesucristo, ha de significar para los seminaristas la relación cotidiana con diversos sacerdotes. Y esta relación se da en referencia a las cuatro dimensiones que constituyen la formación. Así, la formación humana se da en relación con un sacerdote maduro, la formación espiritual en relación con sacerdotes con verdadera vida

espiritual, la formación intelectual en relación con sacerdotes que amen el estudio y la profundización en la teología, la formación espiritual en relación con sacerdotes con verdadera caridad pastoral. El Plan de formación para los seminarios en España señala explícitamente algunos de estos rasgos, tal y como vienen señalados en el documento ‘Directrices sobre la preparación de los formadores en los seminarios’ de la Congregación para la educación católica (4 de noviembre de 1993), ya que «de la idoneidad de los formadores depende en buena medida la eficacia de la formación inicial» (OT 5; FPM 395). Otro elemento unido a este es la importancia de los formadores como cuerpo. El equipo de formadores es una primera experiencia de pequeño presbiterio unido al obispo que tendrán los seminaristas. Así, para una adecuada formación sacerdotal se hace necesaria una ‘comunidad suficiente’ de formadores que vivan al modo de la comunidad apostólica en torno al Señor.

3. LA «SÍNTESIS VOCACIONAL»

En tercer lugar, me atrevo a sugerir algunos apuntes para una reflexión sobre la etapa de ‘síntesis vocacional’, antes llamada ‘etapa pastoral’. Como ya he señalado, en el contacto habitual con los rectores de seminarios descubrimos que esta es la etapa con mayor diversidad de realización práctica y en la que más necesitados nos encontramos de experiencias que nos ayuden a que sea una etapa significativa y de fruto para los candidatos ya próximos a la ordenación sacerdotal. El n. 321 del documento ‘Formar Pastores Misioneros’ señala como objetivos de esta etapa: «por un lado, la inserción en la vida pastoral mediante una gradual asunción de responsabilidades con espíritu de servicio; por otro, una adecuada preparación mediante un acompañamiento específico con vistas al presbiterado». Podemos sintetizar estos objetivos en dos términos: ‘inserción’ y ‘adecuada preparación’. La inserción señala el aspecto de cambio y de tránsito y la adecuada preparación nos recuerda que esta etapa ha de tener una forma específica que, en cierto modo, suponga un cambio con el ritmo de las dos etapas anteriores. En su ponencia de hoy, D. Gaspar nos ha presentado esta etapa bajo el aspecto de ‘síntesis unificadora’ de todo el crecimiento en las diversas dimensiones. Esta necesidad de síntesis del camino recorrido parece requerir que esta etapa sea configurada como un nuevo propedéutico, en este caso, a la vida presbiteral. Este hecho hace que se requieran para esta etapa algunos de los

rasgos señalados para la primera de las etapas de la formación inicial: un espacio propio que permita tomar algo de distancia de la vida del seminario, ya que es una etapa de tránsito; un formador propio que pueda dedicarse plenamente a acompañar a los candidatos en este momento (por el contrario podemos caer en la tentación de pensar que todo el trabajo formativo ya está hecho –o no queda mucho margen de cambio– y dedicar menos espacio al acompañamiento personal y comunitario en este momento); una disminución del aspecto académico (que no significa un menor peso de la dimensión intelectual) que permita una reflexión más sosegada de la teología y una profundización en su aspecto misionero y de diálogo con el mundo actual sin la tensión añadida de las pruebas académicas.

Otro elemento que es fundamental en la etapa propedéutica y que tiene que ser extremadamente cuidado en esta última etapa de la formación inicial es la ‘verificación’ de la *docibilitas* como disposición necesaria para que haya continuidad en el camino del discipulado al pasar al ministerio sacerdotal. Este me parece un elemento fundamental a discernir ante la ordenación de un candidato. No podemos asegurar que un candidato tenga una formación acabada en todos los elementos. Pero sí hemos de intentar asegurar que el sacerdote estará abierto a la formación permanente como proceso de configuración con Cristo en todo momento y en las distintas relaciones. Es una disponibilidad a dejarse hacer en el trato con el presbiterio, que este momento se concreta en el equipo sacerdotal al que es enviado (parroquial y arciprestal); y en dejarse hacer en el trato ya más habitual con seglares y con miembros de la vida consagrada.